

La pasión según Roffiel

Antonio Marquet

Historia de una relación amorosa entre Guadalupe y Claudia, *Amora*, primera novela de Rosamaría Roffiel (Veracruz, 1945) es a la vez un relato provocador y letargosamente convencional. "Los hombres son una subcategoría", es la primera frase de un requisitorio contra prejuicios y convencionalismos sociales en torno a las mujeres y, en especial, a la homosexualidad femenina; contra heterosexuales y fundamentalmente contra el sexo "fuerte", en quien —exceptuando a "unos cinco"— no se ve más que a psicópatas, violadores consumados o en potencia.

Provista de un programa, *Amora* denuncia la situación de la mujer. Aborda la injusticia legal que se comete contra víctimas violadas que se ven obligadas a demostrar su inocencia. Se rebela contra las taras que existen en la educación de la mujer a quien se le exige sacrificio, ser abnegada, sumisa, pudorosa... contra la desigualdad que padece la mujer.

Contra ello propone una mujer "biónica" independiente, agresiva, autosuficiente, que se expresa con un lenguaje lleno de sonoridades, bronco, que responde con ingeniosa procacidad a los "piropos". Un ejemplar de esta raza es sin lugar a dudas Guadalupe, la periodista, ávida lectora de Virginia Woolf, feminista y defensora de mujeres violadas.

Guadalupe, o Amora, como la llama Claudia, está enamorada de las esencias, busca el amor imposible, con el mayor grado de dificultad que existe: había que enamorarse de una heterosexual; pero además iniciarla, ser la "primera" (tribulación digna de todo buen macho); seducir a alguien a quien le sobran los galanes, convertir en fiel a quien predica la infidelidad. Pasando esta prueba extrema, el amor tonifica profundamente el narcisismo de quien realiza tal proeza ya que logró lo inimaginable: fue la primera, desplazó a los rivales y se convirtió en la única, marcó a la otra y provoca en ella un cambio radical. Logra incluso llevar a Claudia, la "pequeño[ham]burguesa", a... ¡manifestaciones, conferencias y exposiciones!

Guadalupe, narradora y protagonista, amiga solidaria, tía ejemplar y mujer que sabe hacerse amar como a las diosas, disgusta por el tono doctoral que adopta, por la impúdica autocomplacencia con la que se

juzga, ufanándose de poseer tan alto grado de autocritica y ser tan avanzada y progresista, por presumir de una supuesta intensidad e hipersensibilidad, atributos que a fin de cuentas resultan gratuitos.

En una novela con un fuerte matiz autobiográfico, el cambio de nombres, además de proteger la identidad de "los personajes", tiene una segunda intención. Si Eva es, obviamente, la primera relación sexual de la protagonista, uno no deja de incomodarse por la terrible normatividad de Norma y de pensar en la crueldad de Claudia, la narradora, siguiendo un deseo iconoclasta bautiza a su protagonista con el nombre de Guadalupe, apelación tabú en México.

En el universo de *Amora* todo está etiquetado y responde a una voluntad asfixiante de clasificación. Así, hay hombres de rolex y auto deportivo, e intelectuales de izquierda con el *Proceso* bajo el brazo... Tal compulsión se vuelve caricaturesca porque los criterios desde los que se hace, además de reduccionistas, se inspiran en el lugar común.

En el fondo es muy comprensible —y plausible— el odio de Guadalupe hacia la figura masculina. Tal como expone su historia familiar, los hombres de su casa no son nada encomiables: un padre irresponsable que los abandona muy pronto; sus hermanos, por otra parte, despilfarran la oportunidad de estudiar que se le negó a ella: a los quince años se le comunica a Guadalupe que fue inscrita en una escuela comercial, cuando ella no se decidía si iba a estudiar pedagogía, psicología o pediatría. La protagonista, hija mayor, debe ayudar a su madre en la educación de sus hermanos menores. Además, las mujeres que le rodean en su casa son convencionales, irrelevantes y han asumido el sexismo que además imponen (y con el cual mutilan) a las otras mujeres. Guadalupe se niega, por ello, a ser la mujer sumisa, abandonada, que enfrenta sola la dirección de la casa. Rechaza repetir el arquetipo de

...nuestras abuelas y nuestras madres [que] dejaron buena parte de su vida colgando de hilachos: los del trapo de sacudir que les sacudió las ilusiones, los de la jerga que les restregó sus sueños, los de las sábanas de un sexo sinónimo de sacrificio y, sobre todo: de los dolorosos hilos de una existencia a medias.

En ocasiones ingeniosamente proselitista, la novela es un gran comercial en favor de las lesbianas y el mundo femenino, que proclama la superioridad de su grey, clásico

mecanismo de defensa de las minorías. Excesivamente discursiva, el relato carece de agilidad y se empantana en tediosos diálogos, pronunciados en una densa atmósfera melodramática que la autora, por mínima cortesía, debió evitar al lector.

Debajo de esta dimensión de la denuncia y del afán de normalizar un tabú (la homosexualidad femenina no es cosa del otro mundo y no constituye ningún horror moral), también es un relato de las dificultades que encuentra Claudia para descubrir, reconocer y asumir sus tendencias homosexuales, pero este proceso es analizado, juzgado y ridiculizado desde el exterior por el grupo de Guadalupe.

Amora es un acto de rebeldía contra el pudor que la sociedad impone a la mujer. Por ello dedica páginas a la menstruación, a la cual incluso se recurre para afirmar que cada mes hay una mujer nueva. Si a la mujer se le impone el silencio y el *sottovoce*, Amora abusará de las "malas palabras" para expresarse. Es una lástima que tan alta dosis de rebeldía no haya sido suficiente para que la novela superara los clichés de la literatura gay. En efecto, además de la vida cotidiana de una intelectual homosexual —con todas sus trivialidades—, no faltan las fiestas (gay), el ligue (gay), el romance (gay), el humor (gay), la rebeldía (gay) contra una sociedad tradicional que condena a todo desviante, la solidaridad (gay), el gusto (gay) por el glamour, sin omitir el consabido intento de poetización (gay) del éxtasis amoroso (gay).

Argumentalmente débil y moroso el relato, *Amora* debió explotar más el sentido del humor, el ingenio y no el melodramatismo y la confesión así como el superficial autoanálisis.

Amora es una novela con propósitos de denuncia social, con un deseo de mostrar que las lesbianas también "comen tacos". Sin embargo es una obra de la que es evidente la ausencia de motivaciones literarias, de una voluntad de estilo, lo cual no deja de lamentar el lector. Esta novela-testimonio, por ejemplo, hubiera ganado mucho como novela corta. Extirpando divagaciones y algunos capítulos, sus propósitos originales tendrían mayor alcance. Después de todo, no es gratuito que esta novela haya ocupado, a pesar de sus evidentes defectos, el tercer lugar en ventas el año pasado (sólo superada por *El General en su laberinto* y *Como agua para chocolate*). ◇

Rosamaría Roffiel, *Amora*, México, Editorial Planeta, 1989, 162 pp.